

RESEÑAS DE LIBROS

José Blanco White,

Cartas de España.

Edición y traducción de Antonio Garnica, 5ª ed.

Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 2001;
444 págs.

Como escribe Antonio Garnica en la "Introducción" a este libro, pocos serán, en verdad, los españoles cultos y amigos de las letras que no hayan leído las *Cartas de España*, el texto más famoso y más difundido de toda la producción de ese excelente escritor y apasionante personaje que se llamó en vida José María Blanco y Crespo pero que firmó sus libros con el nombre literario de José Blanco White. Escritas en inglés y publicadas por primera vez en Londres en 1822, las *Cartas* constituyen el más dramático y a la par atractivo testimonio de la peculiarísima y sufriente personalidad de este clérigo sevillano que hizo de la libertad de pensamiento y de la tolerancia religiosa la piedra angular de su visión del mundo y de su actitud existencial, y cuya agitada y a veces desconcertante vida interior cristalizó en frecuentes crisis de conciencia expresadas en un código literario de signo moderno, teñido de innovaciones románticas. Un ideario y un talante humano que le llevaron, como es bien sabido, al abandono de su patria y de la Iglesia Católica y a un voluntario exilio a Inglaterra del que no regresó jamás. Buena parte de esa andadura personal de Blanco, salpicada de no pocos lances dramáticos, y de sus juicios sobre la España que le tocó vivir, quedaron vivamente plasmados en esas *Letters from Spain*, dirigidas a los lectores ingleses y escritas en un módulo literario epistolar de gran prestigio en la Europa del siglo XVIII.

Muy bien acogidas en Inglaterra, donde conocieron una segunda edición en 1825, las *Cartas* tardaron mucho en estar al alcance de los lectores de nuestro país, que no pudieron leerlas en versión española hasta el año 1972, publicadas, cuatro de ellas, por

Juan Goytisolo (Seix-Barral) y trece (todas las conocidas hasta entonces) por Antonio Garnica (Alianza Editorial), precedidas de un interesante prólogo de Vicente Lloréns. Ese trabajo de Garnica, autor de la traducción y del valioso aparato de notas que iluminan el texto de Blanco, ha conocido cuatro ediciones entre 1972 y 1986, y acaba de publicarse de nuevo, esta vez en la Universidad de Sevilla, con importantísimas novedades que enriquecen notablemente la obra y que son, sin duda, consecuencia de la sostenida dedicación de Garnica al estudio de Blanco y de la madurez de conocimiento con que a estas alturas de su trayectoria investigadora puede enjuiciar a tan complejo personaje. En efecto, a Garnica hay que atribuir en muy buena medida que una obra de tanta importancia como las *Cartas* hayan podido leerse en España con todas las garantías técnicas y filológicas necesarias para su correcta recepción y que el texto se haya convertido en referencia obligada de la historiografía histórica y literaria española en los albores del Romanticismo, en ese momento de gestación de la nueva estética del que Blanco, por su estancia en Inglaterra, fue excepcional testigo.

Esta nueva edición de las *Cartas* viene a ser, por la riqueza de datos y el rigor de su estudio introductorio y de sus valiosas anotaciones críticas, una suerte de sabia recapitulación de todos los saberes de Garnica sobre el tema, es decir, un trabajo de madurez que mejora notablemente lo ya alcanzado en las cuatro ediciones anteriores. Pero ofrece además una novedad editorial que acrecienta en mucho su valor: la adición, a las trece cartas ya conocidas, de dos continuaciones inéditas escritas por Blanco en los últimos años de su vida; dos textos del escritor sevillano que Garnica ha extraído de entre sus papeles manuscritos de la Biblioteca Sydney de la Universidad de Liverpool. Dos testimonios de extraordinario valor, no ya por el hecho de la aportación de inéditos a su ya bastante extenso corpus literario, sino por lo que suponen, especialmente el primero de ellos, de testimonio de actitudes y comportamientos del último Blanco que vienen a matizar, y en ocasiones a rectificar, juicios y puntos de vista hasta ahora vigentes en el mundo intelectual.

En efecto, la primera de las dos continuaciones, escrita en Tunbridge Wells, en el sur de Inglaterra, en 1833, y que Garnica titula con sintético acierto "El regreso del desterrado", es una inteligente narración de corte romántico, una fingida travesía marítima

entre el puerto inglés de Falmouth y un imaginario puerto del norte de España. El narrador, un violinista español afincado desde hace muchos años en Inglaterra, claro trasunto del propio Blanco, desengañado de la intolerancia de toda religión nacional, se decide a regresar a su patria aun a costa de tener que someterse con disimulo al cumplimiento de los ritos católicos. Como subraya el editor, este relato, escrito con sorprendente soltura dialógica, con desenfadada agilidad expresiva, es un dramático exponente de la crisis espiritual que Blanco vivió en esa etapa final de su vida, cuando, cansado y viejo, había llegado a la convicción de que el dogmatismo y la intolerancia de la Iglesia Católica por los que muchos años atrás había huido de España, se reproducían sin diferencias sustanciales en el anglicanismo de la Iglesia de Inglaterra; y que ninguna confesión religiosa institucionalizada podría nunca responder al verdadero espíritu cristiano. El texto, de evidente intención testamentaria y sin duda también de triste rectificación intelectual,, refleja un talante desengañado, una profunda decepción anímica, una suerte de abatimiento emocional y hasta una emotividad casi "larmoyante" de marcado aire romántico. Pero el mensaje más trascendental está, sin duda, en lo que este fragmento tiene de lúcida radiografía de la conciencia del desterrado, víctima no de un desengaño teológico de signo barroco sino de una frustración existencial que tiene su base en la lucidez crítica de un hombre moderno.

Esta nueva "carta", junto a la titulada "Apuntes de un español sobre España" (dedicada al análisis del ambiente cultural de la España de su juventud y muy interesante por sus apreciaciones de primera mano sobre el incipiente mundo de las academias sevillanas, surgidas en pugna con la Universidad)), se suma, pues, a las trece ya conocidas hasta el momento y se revela como un documento imprescindible para comprender más cabalmente la agitada personalidad de un hombre que a su agudeza mental de corte ilustrado unía una honda veta sentimental que no tuvo reparos en confesar cuando la irresistible llamada de la tierra nativa se superpuso en él a todas las vivas inquietudes intelectuales de antaño. Hay algo de patético en la confesada palinodia de ese pobre violinista que mira el mundo desde la atalaya del desengaño final. Aunque su fe en Dios y en Cristo permanezcan inalterables y, como le dice a Mr. Bagster por boca de su *alter ego* Mr. Neve,

“espero que jamás podrá encontrar en mi conducta nada que sepa a *secta*, aunque siempre haré lo posible para no manchar mi conducta con nada que sea indigno de un cristiano”.

Rogelio Reyes Cano

Cuenca Toribio, José Manuel,
Sindicatos y partidos católicos españoles.
¿Fracaso o frustración? 1870-1977,
Unión Editorial, Madrid, 2001. 229 pp.

Partidos y sindicatos católicos españoles son, en esta ocasión, abordados por la pluma del más veterano investigador de la historia eclesiástica española contemporánea, cuyos avatares a lo largo de poco más de un siglo desembocaron en una frustración que, “como el pretorianismo, el débil desarrollo económico y la desmovilización política, fue seña de identidad de nuestro inmediato *ayer*, *humus* del presente”. Contribuye el autor a romper el perfil monolítico que usualmente se tiene en mente, mostrando, por el contrario, la riqueza de posturas, luchas internas y externas que se dieron cita en cada momento y lugar; así como cuestiones de gran importancia para la historiografía y posicionamiento de loable y necesaria ecuanimidad.

El año de la proclamación de la libertad de cultos en la primera Constitución del Sexenio se toma como origen de los movimientos políticos y sociales de los grupos que se autocalifican y hacían del catolicismo su seña de identidad. Su actitud contestaria, empero, se consumió pronto, debido a la rápida y fácil incorporación de la “Unión Católica” al régimen canovista y al darse en el Solio Pontificio un relevo en mejor sintonía con el estadista malagueño. Por otro lado, a pesar del naufragio en el mismo período de los “círculos católicos obreros”, su balance no fue enteramente negativo, pero el avance de los acontecimientos los proyectó hacia un horizonte sindical para el que no estaban preparados.

En una segunda etapa (1898-1936), de mayor importancia, se establece un balance sindical pesimista, a pesar de lo positivo de algunos puntos, debido a la falta de arraigo profundo de las asocia-

ciones en las zonas de mayor densidad obrera —ámbito preferente de los “Libres” —y los no pocos defectos de las rurales —ante todo, el sindicalismo mixto “comillense”, auspiciado por Nevares y López Bru—. También por la insuficiencia de las élites vertebradoras —aunque no se careció de individuos de valía— y la dependencia y consiguiente tutela ejercida sobre ellas por contados personajes acaudalados, junto a las escasas aportaciones de la burguesía agraria y la patronal a una empresa en la que, en último término, no creían.

En cuanto a los partidos, una serie de hitos —manifiesto del “Grupo de la Democracia Cristiana”, Acción Nacional, Partido Social Popular— jalonaron el sendero que precedió a la aparición de la CEDA. Nacida del sindicalismo católico agrario septentrional y levantino, no fue, empero, lineal la historia de esta democracia cristiana de delicados equilibrios, pesos y contrapesos, no siempre bien entendidos ni respetados.

La Guerra Civil abortó los diferentes movimientos mencionados. Durante la misma, el mapa del sindicalismo de inspiración cristiana no correspondió por entero al de los bandos enfrentados y la participación en éstos fue muy variada y desigual. La integración de las asociaciones no suprimidas en el Sindicato Único Nacional se llevó a cabo con cierta resistencia y subterfugios en algunos casos.

A partir de los años cincuenta, componentes de la “familia opusdeísta y tecnocrática” del régimen franquista impulsaron los vientos del aperturismo. Pero a lo largo de esta tercera etapa, el creciente distanciamiento y divergencia entre la facción monárquica y la más izquierdista, junto con la reluctancia de algunas figuras hacia un partido abiertamente confesional, motivó los desfavorables resultados obtenidos por estas formaciones en los comicios de la Transición. Ningún partido actual ha recogido el testigo de sus valores genuinos.

Extraordinario valor tiene la presente obra como manual para curiosos y especialistas, faro y guía para quienes en un futuro consagren nuevos rumbos de una investigación ecuánime, seria y rigurosa, en modo alguno reñida con una igualmente importante calidad expositiva como la que hace gala nuestro autor.

José Manuel Ventura Rojas